

algún libro piadoso embalsamado todo de amor de Dios, apenas lo habían leído, lo enviaban á la señora de Chantal (1). En fin, sin cesar se la ve en la reja de locutorio; y como la Priora, la venerable Madre de Jesús, la Subpriora, la Madre Isabel de los Angeles y las otras eran españolas y entendían poco el francés, hacía llamar á la buena Madre María de la Trinidad, que era la única francesa, y que servía en algún modo de intérprete en el convento.

Cuando una mujer de mundo que aspira á la perfección entra en relaciones con una religiosa, insensiblemente llega á pedirla ó á recibir de ella mil consejos de dirección; y no habría en esto ningún inconveniente, si la discreción presidiese siempre, y si todo quedase sometido al que únicamente ha recibido de Dios la misión de dirigir á las almas, y las luces necesarias para no extraviarlas, pero no siempre se hace así. La buena madre María de la Trinidad, encantada de las santas disposiciones de la señora de Chantal, emprendió dirigirla, y, de acuerdo con una persona cuyo nombre se ignora, empezó á darla consejos no muy prudentes.

La clase de oración de la señora de Chantal la pareció demasiado sencilla y muy ordinaria para una persona de tanta virtud. La aconsejó, pues, que renunciase á la preparación, que se abandonase más á la acción del Espíritu Santo, que no hiciese sino muy poco uso de la imaginación y la inteligencia, y que dejase obrar á sólo su corazón; en una palabra, quería que la señora de Chantal pasase desde el primer grado de oración al segundo. Es muy curioso ver la prudencia con que San Francisco de Sales se interpone entre su penitente y sus ardientes consejeras. «He pensado—la dice— sobre lo que me escribisteis, de que M. N. os había aconsejado que no os sirvierais de la imaginación ni del entendi-

(1) Véanse las cartas de San Francisco de Sales de 1606 y de 1607.

miento, ni tampoco de largas oraciones, y lo que la buena madre María de la Trinidad os había dicho tocante á la imaginación.»

El Santo no puede ser de este dictamen. «No es posible—escribe á la señora de Chantal—dejar de servirse en la oración de la imaginación ni del entendimiento; pero no servirse de esta potencia sino para conmover la voluntad, y, conmovida ésta, emplearla más que la imaginación y el entendimiento, esto se debe hacer indudablemente. No hay necesidad—dice esta buena madre—de la imaginación, para representarse la humanidad sagrada del Salvador: puede ser, en efecto, que no la necesiten los que están muy adelantados en la perfección, pero en cuanto á nosotros, que aún estamos en los valles, aunque deseosos de subir, entiendo que es muy conveniente servirnos de todas nuestras potencias sin olvidar la imaginación.» Añade después con una gracia encantadora: «Quedémonos aún, querida hija, un poco de tiempo en estos bajos valles; besemos aún algún rato los pies del Salvador; ya nos llamará cuando guste al beso de su santa boca. No dejéis este método hasta que volvamos á vernos.» (1)

Tampoco quiere el Santo que la señora de Chantal deje la preparación para la oración. «En cuanto á los preceptos de oración que habéis recibido de la buena Madre Priora, nada os diré por ahora.

»Únicamente os ruego que aprendáis, lo mejor que os sea posible, los fundamentos de todo esto, porque, hablándoos francamente, os diré que dos ó tres veces, el verano pasado, habiéndome puesto en la presencia de Dios sin preparación, me encontré perfectamente bien con su Divina Majestad, con sólo sencillo y continuo afecto de un amor casi imperceptible, pero muy dulce; sin embargo, jamás me he atrevido á salir del camino

(1) Carta del mes de Abril de 1608.

trillado para mi oración de siempre. No sé, hija mía, pero os aseguro que me gusta el método de los antecesores santos y sencillos.

»No digo por esto—continúa—que cuando se ha hecho la preparación, y se siente uno atraído á esta clase de oración, no deba seguirla; pero tomar por método el no prepararse, me parece muy duro, como también el concluir la oración sin dar gracias, lo cual no puede reportar ninguna utilidad. No obstante, hablo sencillamente delante de nuestro Señor y de vos, á quien no puedo hablar sino pura y cándidamente;» y añade con su humildad característica: «pero no presumo saber tanto que no me alegrara, y mucho, de rectificar mi opinión, y seguir la de aquellos que por muchas razones deben saber más que yo; y no hablo sólo de esa buena Madre, sino aun de otras personas que la son inferiores.»

Se ve en todo esto la gran sabiduría con que San Francisco de Sales prevenía á la señora de Chantal contra los atractivos engañosos y consejos imprudentes, manteniéndola, á pesar de su gran virtud, en los primeros grados de oración, que son los más seguros, y de los cuales no se debe salir sino muy humildemente, y con la certeza de que Dios quiere que subamos más arriba.

La misma sabiduría y la misma firmeza empleaba este santo director para impedir á la señora de Chantal las mortificaciones excesivas, que hubieran enervado su espíritu, agotando sus fuerzas corporales. Inclinada siempre á las austeridades, la vecindad del Carmelo aumentaba y acrecentaba los atractivos que sentía á la penitencia corporal. Ya no era bastante para nuestra Santa ayunar el viernes, cenar sobriamente el sábado y tomar la disciplina dos veces á la semana, cosas todas que le había permitido San Francisco de Sales, sino que hubiera querido acostarse muy tarde, levan-

tarse muy temprano é interrumpir su sueño con oraciones y penitencias. Mas respecto á este asunto era inflexible el Santo Obispo de Ginebra. Este experimentado director sabía muy bien que cierta duración en el sueño es necesaria á la naturaleza humana; si se la dan es capaz de los mayores esfuerzos, pero si se la niegan se abate tarde ó temprano y algunas veces para siempre: por tanto, había mandado á la señora de Chantal que durmiese siete ú ocho horas (1). La vigilaba muy de cerca, respecto á este punto, y la reprendía la menor infracción. «Principio—dice—por la hora de acostaros tarde y levantaros demasiado temprano. ¿Por qué hacéis esto, mi querida hija? No, no lo hagáis; es menester no agobiar el espíritu á fuerza de hacer trabajar al cuerpo; es menester no molestarse ni incomodarse hasta este punto, sobre todo las mujeres, porque después no se está para nada en todo el día (2).» No la vigilaba menos sobre la comida que respecto al sueño, pues aquélla es, como éste, indispensable en cierta medida, y todo buen director debe vigilar mucho en esto á las personas inclinadas á las austeridades corporales (3).

Todo crecía á un tiempo en esta alma tan sabiamente dirigida, y llegada al punto exquisito de la madurez. Con inmensas aspiraciones hacia la perfección, y en particular á la de la vida religiosa, que es su más alta cima; con ardientes deseos de penitencias y sacrificios; con un recogimiento y hábito de la presencia de Dios, que nada podía interrumpir, la señora de Chantal sentía desarrollarse en ella el hambre de la Santa Eucaristía, que es la señal de la perfección. No obstante,

(1) Cartas del 14 de Octubre de 1605 y del 8 de Junio de 1606.

(2) Carta del 5 de Febrero de 1608.

(3) Comer poco, trabajar mucho, tener mucha agitación de espíritu y rehusar el sueño al cuerpo, es querer hacer trabajar mucho á un pobre caballo aniquilado, sin darle el pienso necesario. (Carta de San Francisco de Sales á la Madre Angélica de Port-Royal, 12 de Septiembre de 1619.)

hasta el año de 1606, y á pesar de que desde el de 1601 hubiese sido honrada con el don de milagros, no la había permitido San Francisco de Sales comulgar sino los domingos. Sólo el 8 de Junio de este año de 1606 la permitió que lo hiciera también los jueves. Después de algunas hermosas palabras sobre el Santísimo Sacramento, cuya Octava se celebraba en dicho día. «¡Ah!—dice,—¿y no comeremos un poco más á menudo de su carne divina? ¡Oh, cuán suave es y de cuánto alimento! Digo, pues, que pudiendo hacerlo buenamente, será muy oportuno recibirla un día de la semana, el jueves, además del domingo.» Y añade con mucha prudencia: «Esto, no obstante, sin ruido, y sin que se descuiden nuestros negocios (1).»

La señora de Chantal estuvo, pues, dieciocho meses, desde el 8 de Junio de 1606 hasta el 24 de Enero de 1608, con el permiso de comulgar dos veces á la semana, sin aumentarle esta vida sagrada hasta la Cuaresma de 1608, y aun esto porque la Santa se sentía muy deseosa de comulgar más á menudo. «Me decís que estáis hambrienta, y aún más que de costumbre, de la santísima Comunión. Humillaos mucho, hija mía, y fortificad bien vuestro estómago con el santo amor de Jesús crucificado, á fin de que podáis digerir bien espiritualmente esta celestial comida; y pues que bastantemente pide pan el que se queja de hambre, os digo, hija mía, sí, comulgad esta Cuaresma los miércoles y viernes, y el día de Nuestra Señora, además de los domingos... ¡Oh! ¡cuándo será hija mía! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuándo vivirá Jesucristo todo en nosotros!» Y después de una de esas bellas exposiciones de doctrina, tan familiares á San Francisco de Sales, sobre los efectos de la santa Eucaristía: «No pensaba deciros tanto sobre este punto, pero dejo correr fácilmente la pluma cuando os es-

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

cribo; además, ahora mismo me voy á esta santa refacción con vos, porque es jueves, y este día nos unimos uno á otro y se tocan nuestros corazones por este santo Sacramento (1).»

Así es como la señora de Chantal adelantaba lenta, pero seguramente, de una Comunión por semana á dos, después á cuatro, en proporción con sus progresos y deseos. En toda esta dirección es admirable San Francisco de Sales por su gran prudencia.

Por la misma razón, cuanto más adelantaba la señora de Chantal, dirigida por mano tan hábil, más crecía la admiración que siempre la había inspirado su Santo director. Este, por su parte, cuanto más estudiaba el alma de su humilde penitente, más encantado quedaba de las maravillas que cada día descubría; y de estas dos admiraciones que recíprocamente se ocultaban uno á otro, resultaba el hermoso afecto cristiano del que aún no hemos visto más que la aurora. Ahora ya está en su mediodía; resplandece con su más puro brillo; tiene una elevación, una transparencia, una fuerza, una luz, un valor, un fuego y celo santo, que arrebató el alma. Sería el momento oportuno para estudiarle, si tales cosas pudieran someterse á estudio y si dejasen al alma otra libertad que la de contemplarlas y humillarse. «¡Oh, hija mía!—escribía San Francisco de Sales,—¿cuándo seremos santos? Sed santa, hija mía, hermana mía, y rogad á Dios que yo también sea santo. ¡Dios mío! ¿Qué se ha de hacer en este mundo sino orar, padecer y amar al amabilísimo Salvador, dejándose consumir por su amor? ¡Oh! ¡Cuánto os deseo la felicidad de sufrir por Jesucristo!»

Y sigue: «Hija mía, es menester que os diga que nunca he visto con tanta claridad que sois mi verdadera hija como ahora. Sí, es verdad; soy en Jesucristo más

(1) Carta del 24 de Enero de 1608.

vuestro que nunca, y realmente admiro este aumento. ¡Ah! ¡Cuánta verdad es que necesitamos aumentar la grandeza de nuestro ánimo para servir á Dios lo mejor y más valientemente que nos sea posible. Porque ¿á qué fin vendría el haber querido hacer de dos corazones un solo corazón sino para que este corazón sea extraordinariamente animoso, alentado y valiente, constante y afectuoso para con su Criador y Salvador, por el cual y en el cual soy vuestro? (1).» Y en otra parte también: «¡Dios mío! ¡Hija mía! ¡Cuántas perfecciones os deseo! Con una sola sería suficiente; esta unidad, esta sencillez... ¡Oh Dios mío, hija mía! ¡Si no fuese necesario más que mi sangre para haceros enteramente santa!... ¡Oh y cuán tiernamente siento el lazo de nuestra santa dilección y de mi dirección! Día y noche ruego por vuestro progreso espiritual (2).»

Aquí se ve bien el santo celo de que hablamos antes, que es la señal y honrosa divisa de los afectos elevados. Cuando aparece y se expresa con afecto semejante, se siente que el mundo pasó y que no se vive ya sobre la tierra.

Por su parte, la señora de Chantal no tenía menos celo por la hermosura del alma de San Francisco de Sales. «¡Dios mío!—la escribía el Santo,—¡con cuánto consuelo leo las palabras que me escribís diciéndome que deseáis á mi alma la perfección aún más casi que á la vuestra! Esto se llama ser una verdadera hija espiritual; pero, creedme, por más que corra vuestra imaginación, no podrá llegar nunca hasta donde mi voluntad camina para deseáros el más ardiente amor de Dios (3).»

Largo tiempo se mantuvo la señora de Chantal con

(1) Carta del 5 de Junio de 1610.

(2) Cartas del 29 de Diciembre de 1609, del mes de Enero de 1608, etcétera, etc.

(3) Carta del 14 de Septiembre de 1606.

sólo estos deseos generales; pero poco á poco se va animando, y desde 1606 sus cartas abundan cada día en recomendaciones, deseos, afanes, y aun á veces en dulces reprensiones. Unas veces le pregunta al Santo si hace exactamente su oración. «Mucho gusto me disteis—le responde San Francisco—preguntándome en una de vuestras cartas se hacía mi oración. ¡Oh! sí, hija mía; preguntadme siempre sobre el estado de mi alma, porque conozco muy bien que vuestra curiosidad en este punto nace del ardor de la caridad que sentís por mi pobre alma. Sí, hija mía, sí; por la gracia de Dios puedo deciros ahora, mejor que antes, que hago la oración mental sin dejarla un día sólo; y me parece que cada día me aficiono más á este santo ejercicio, de suerte que quisiera muy de veras hacerla dos veces al día; pero me es absolutamente imposible (1).» Otras veces le excitaba á la humildad. «¡Oh hija querida—la dice,—qué contento estoy de que me recomendéis la santa humildad! Os contaré que cuando el viento se encierra en nuestros valles, en nuestras montañas, marchita las florecitas y desarraiga los árboles; y yo, que me encuentro colocado bastante alto por mi cargo de Obispo, recibo muchas más molestias. ¡Oh, Dios mío! ¡Salvadnos, Señor! ¡Mandad á esos vientos de la vanidad que se sosiegan y tendremos una gran calma! (2).»

Otras veces exige que renuncie á velar por la noche y á tanto trabajar por la tarde, lo cual le aniquila y quita la salud. «¿Sabéis, hija mía, la palabra que os daré? La de tener ahora más cuidado de mi salud que antes, si bien la he tenido siempre mejor y más fuerte que lo que merezco; y, gracias á Dios, la siento ahora tan entera y buena, que es de admirar; bien es verdad que puede contribuir á esto el que he dejado entera-

(1) Carta del 6 de Septiembre de 1607.

(2) Carta de 1609. Se ignora el mes.